

Abrir el oído a la resurrección

(Jn 15, 1-8)

Las palabras no suelen valer por sí mismas, sino por la cualidad de verdad que pone en ellas aquel que las pronuncia, las respalda, las ofrece. Por eso las mismas afirmaciones llegadas de una persona u otra a nuestros oídos aparecen como dignas de ser acogidas o rechazables sin más.

Todo esto para decir que en el evangelio nos habla Cristo y que cuando se lee o escucha no se trata, so pena de perderse en la superficialidad, de dar nuestra aceptación a aquel que lo predica con más o menos acierto o con más o menos coincidencia moral con lo que afirma, sino de aceptar situarnos ante Cristo mismo que nos dirige de tú a tú su mirada y el reto de su palabra. Es él mismo quien respalda su evangelio, y sólo en segundo lugar, de lejos, los cristianos que intentamos vivirlo.

Si durante la Pascua continuamente afirmamos que Cristo ha resucitado, entonces la afirmación del evangelio *dijo Jesús* se convierte inmediatamente en *Jesús dice*. Jesús vivo recoge sus antiguas palabras y las pronuncia hoy ante ti: te dice, nos dice. Por otra parte, este Jesús vivo que nos aborda para apuntar dónde está la vida verdadera es el que ha vivido nuestra existencia llena de dificultades, dudas y conflictos, y nos invita a arraigarnos en él que sabe dónde está el futuro porque vive en él lleno de vida. Si él vive la armonía y paz de Dios después de tantos esfuerzos y dolores es que su palabra se ha cumplido y podemos confiar en que, arraigados en ella, se cumpla en nosotros. Y lo contrario también: fuera de esta palabra sólo queda una vida que tristemente se deshace en sí misma.

Cuando Jesús dice hoy *si no permanecéis en mí no daréis fruto pues no tenéis fuerza de futuro y todo lo que sois se consumirá como un sarmiento seco separado de la vid*, lo afirma sabiendo personalmente lo que es la muerte y la nada en que nos perdemos tras la tumba, y sabiendo igualmente lo que es la vida plena y gozosa que ofrece Dios.

Por eso, el reto al que nos somete Cristo es mayor y más duro que cumplir algunos mandamientos escogidos de la Iglesia. Aquí sólo hay una norma. Terrible, pero llena de vida. Es ésta: vivir todo lo que somos y cada una de las cosas en las que andamos metidos tal como Cristo vivió. *Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros* -dice Jesús- se realizará el deseo íntimo de vuestro corazón: alcanzar vuestra verdad despistada entre tantos disfraces y amagos de vida.